

EL CIRCULO IGNACIANO

Resumen: Algunas conversaciones acerca de las «Notas para el que da los Ejercicios» (Revista núm. 94) han llevado a realizar este informe sobre una asociación especial. Un grupo de laicos, religiosos y jesuitas que forman parte de «El Círculo ignaciano» con sede en Manila ha venido reuniéndose desde 1997 para hablar de los Ejercicios y seguir interrogándose sobre cómo darlos y hacerlos. El grupo afronta sistemáticamente las Semanas y las mayores cuestiones, comenzando generalmente con algunos artículos o, como en el caso del año sobre el que se informa aquí, con un libro. Las instituciones jesuíticas deberían imitar esta asociación para profundizar su carisma ignaciano.

Introducción

Los jesuitas que trabajan en casas de retiro tienen frecuentemente la oportunidad de reunirse con el personal para discutir sobre los Ejercicios y sus experiencias personales. Sin embargo, muchos jesuitas entregados a actividades apostólicas, como por ejemplo la educación, que dan ejercicios, tienen pocas oportunidades para hablar de los Ejercicios y de sus experiencias. También hay muchas otras personas—sacerdotes, religiosos y laicos— que se dedican a dar Ejercicios espirituales y desean compartir sus intuiciones y experiencias, especialmente con los jesuitas. El reconocimiento de estos hechos ha motivado la creación de “El Círculo ignaciano”.

¿Qué es el Círculo ignaciano y cómo ha surgido? Del 29 al 31 de agosto de 1997 tuvo lugar un Coloquio de directores de retiro de la provincia de Filipinas en el campus del Ateneo de la Universidad de Manila, en el Centro para la espiritualidad ignaciana, con el propósito de examinar la situación actual del apostolado de retiros. Participaron veintisiete personas de todas las localidades de Filipinas: jesuitas, religiosas, miembros de las Comunidades

de vida cristiana y demás fieles laicos. Numerosas decisiones se adoptaron tras ese encuentro. He recibido el encargo de organizar un “Círculo ignaciano”, que consiste en un encuentro regular de todas las personas del área metropolitana de Manila interesadas en compartir sus experiencias de dar *Ejercicios espirituales*.

Desde entonces hemos venido reuniéndonos regularmente un mes sí y otro no, es decir, cinco veces al año. Contamos ordinariamente con diez o dieciséis asistentes: jesuitas, otros sacerdotes, religiosos, miembros de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX) y fieles laicos que trabajan en el apostolado de retiros. Examinar con quienes tienen muchos años de práctica las cuestiones que plantean los *Ejercicios Espirituales* es una experiencia muy enriquecedora. En el primer año consideramos algunos artículos sobre la espiritualidad ignaciana. En el segundo analizamos un libro de Jean Laplace, S. J., *Una experiencia de vida en el Espíritu*. En el tercero examinamos algunos artículos de la *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, algo que también estamos haciendo mientras escribo en este cuarto año. Precisamente para dar una idea de nuestras discusiones, permitidme elegir algunas de las cuestiones que tratamos cuando analizamos el libro de Laplace. En primer lugar, por lo que respecta a los preliminares, la oración, el Principio y el Fundamento, nos preguntamos: ¿cómo preparamos al ejercitante para los *Ejercicios Espirituales*? ¿Cómo enseñamos a rezar a alguien que no tiene práctica de oración? ¿Cuántas horas de oración pedimos al ejercitante? ¿Cómo damos la conferencia del retiro? Al entregar el material para la próxima oración, ¿cuán larga es nuestra presentación? ¿Basamos nuestra presentación en la Escritura? ¿Cómo facilitamos el diálogo, la participación y la dirección espiritual durante el retiro?

¿Cómo damos el Principio y el Fundamento? ¿Cómo presentamos el amor de Dios que crea y sostiene, así como su presencia amorosa en la vida de todos? ¿Cómo ayudamos a alguien a ver que Dios le manifiesta su amor a través de los dones que representan las personas en su vida? ¿Cuál ha de ser la respuesta a semejante amor?

Primera Etapa: la Llamada a la Conversión

Al meditar sobre el pecado durante la Primera Semana de los Ejercicios Espirituales, Laplace nos hizo ver que el ejercitante está llamado a objetivar

lo que lo esclaviza y, por tanto, a iluminar esta oscuridad. En última instancia, se trata de una experiencia de liberación en la libertad de una plenitud de vida. Una experiencia profunda de la Primera Semana es ya una profunda experiencia del misterio pascual, de morir a sí mismo y resucitar con Cristo. El ejercitante hace una profunda experiencia del poder salvífico de Jesucristo. Comprende que no puede salvarse a sí mismo, sino que es Jesús quien lo salva. Esto nos impulsó a afrontar la cuestión de cómo presentamos el coloquio con Cristo, nuestro Señor en la cruz.

¿Cómo presentamos el pecado? Nos preguntamos si los ejercitantes tienen hoy sentido del pecado. ¿Cómo les ayudamos a hacer una experiencia profunda del pecado en su vida? La experiencia del pecado debe estar siempre en el contexto del amor de Dios, porque el pecado es, en resumidas cuentas, un rechazo de su amor. ¿Cómo presentamos algunas de las meditaciones ignacianas sobre el pecado, cuyas imágenes y cuyo lenguaje no parecen iluminar a los hombres de nuestro tiempo? ¿Cómo introducimos el pecado social? Algunos comentaron que ciertos ejercitantes tienen una profunda conciencia del pecado social. Lo afrontan en su vida profesional. Se dan cuenta –por lo menos aquí, en Filipinas– de que necesitan la ayuda de los demás para combatirlo. No pueden combatirlo solos, sino que tienen necesidad de la comunidad. Comprenden la necesidad del poder salvífico de Jesucristo.

*Una experiencia profunda
de la Primera Semana es
ya una profunda
experiencia del misterio
pascual, de morir a sí
mismo y resucitar con
Cristo*

Segunda Etapa: De la Conversión a La Misión

La meditación sobre Cristo, el Rey, y su llamada, nos pareció que era un buen método para introducir en la responsabilidad social de los seguidores de Cristo. ¿Cómo presentamos el reino de Dios? ¿Cómo es quien está llamado a promoverlo y proclamarlo? ¿Quién realiza, en el fondo, el Reino? ¿Presentamos el desafío de la oración “Eterno Señor y Rey de toda la creación”, de seguir a Cristo hasta el punto de aceptar “injurias y pobreza”?

Pensamos que es importante no sólo soportar “injurias y pobreza”, sino también experimentarlas como parte de nuestro compromiso total de seguir a Cristo en el discipulado, como una entrega total en el amor. Nos preguntamos si consideramos esta oración como una invitación a las meditaciones ignacianas clave de la Segunda Semana de los Ejercicios Espirituales. ¿Qué Cristología presentamos? ¿Cómo ayudamos al ejercitante a entrar en contacto tanto con el misterio de la humanidad de Jesús como con el de su divinidad? ¿Cómo presentamos al Cristo del ministerio en Galilea? ¿Cómo presentamos a María en los Ejercicios? Ella es la Madre de Dios, pero también el modelo del discipulado. Nos muestra cómo seguir a su Hijo. ¿Cómo destacamos los coloquios de la Segunda Semana?

Discernimiento. Una de nuestras cuestiones era cómo llegar a introducir a los ejercitantes en el proceso de discernimiento. ¿Cómo presentamos los Ejercicios ignacianos como las Dos Banderas, los Tres Tipos de Personas y el Tercer Grado de Humildad como actividades esenciales hacia el corazón de Jesús y hacia un auténtico modo de discernimiento? En todo esto, el papel del director espiritual ha de ser el de un compañero, que capacita a los ejercitantes para discernir la acción de Dios en su vida. El director no impone su punto de vista, sino que, por el contrario, ayuda a los ejercitantes a ver cómo actúa Dios, cómo los invita a ser verdaderamente libres para seguir la llamada de Cristo.

Tercera Etapa: Cristo Vive en la Iglesia

En este encuentro se aborda el misterio pascual, con la Tercera y Cuarta Semana, la pasión y muerte, la resurrección y la contemplación del amor de Dios. ¿Cómo presentamos el misterio pascual como misterio central de nuestra fe? ¿Cómo capacitamos a los ejercitantes para examinar la realidad de la cruz en su vida, con sufrimiento y pena? ¿Cómo mostramos la relación entre la cruz y la resurrección? Una y otra forman parte del misterio: la cruz ya está bañada por la luz de la resurrección, y no puede haber resurrección sin cruz. Siendo así, ¿cómo preparamos a los ejercitantes para que perciban que actúa en su vida? La contemplación del amor divino lleva a encontrar a Dios en todas las cosas, a convertirse en contemplativos en la acción y a vivir una vida de discernimiento. “¿Qué puedo hacer yo por el Señor para

retribuirle todo lo que me ha dado?” La respuesta definitiva al concluir los Ejercicios es una completa y total acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho por mí.

Nuestra Experiencia en Algunos Casos Prácticos

Al finalizar, desearía hacer alguna que otra sugerencia práctica. Habría que animar la formación de grupos, como el Círculo ignaciano. Debería resultar fácil formar tales grupos en las grandes comunidades universitarias jesuíticas o en nuestras comunidades de escuelas secundarias, donde los jesuitas se dedican a dar los Ejercicios. Cuando nuestros colaboradores laicos en dichas instituciones hacen los Ejercicios para luego dedicarse a darlos, también pueden ser invitados a unirse al Círculo (que promoverá el carisma ignaciano de la institución). Además de formar el Círculo ignaciano con miembros de una comunidad o apostolado, los jesuitas y sus colaboradores laicos pueden provenir de diversas comunidades y apostolados. Miembros de estos grupos deberían ser exclusivamente las personas que hacen los Ejercicios, por lo menos en un retiro de ocho días o de Vida Ordinaria, y que actualmente se dedican a dar los Ejercicios. Cada vez más jesuitas, religiosos y colaboradores laicos se enterarán y poco a poco irán a los encuentros. Algunos se retirarán, y otros se incorporarán.

Para una discusión y una participación eficaces, el grupo debería estar compuesto por no más de quince personas. Si el grupo llegara a estar integrado por más de quince personas, resultaría cómodo dividirlo. Nuestro Círculo ignaciano se reunía un día conveniente: el sábado, de 4 a 6 de la tarde. Servíamos generalmente una ligera colación. Quienes participan son personas ocupadas, por eso sería oportuno limitar el número de encuentros. Nos hemos dado cuenta de que un encuentro cada dos meses, cinco por año, es suficiente. Para la formación y continuación del grupo es esencial un catalizador y organizador, que procure el material para la discusión y envíe las invitaciones para asistir a los encuentros. En fin, sabemos que es útil disponer de un sitio estable y acogedor donde podamos celebrar las reuniones.

Para los que dan retiros en el área metropolitana de Manila, el Círculo ignaciano ha representado una oportunidad de compartir sus experiencias de dar los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Particular valor han tenido

los momentos de comunión no sólo entre jesuitas, sino también de jesuitas con otros sacerdotes, religiosos y fieles laicos. En esta diversidad estriba la riqueza de la comunión del grupo.

Entre los jesuitas de nuestro Círculo ignaciano hay quienes dan retiros, formadores, directores espirituales, teólogos, profesores de Sagrada Escritura, filósofos, científicos y profesores de escuela secundaria. Entre los que no son jesuitas se encuentran un sacerdote misionero de Colombia, que posee un doctorado en espiritualidad conseguido en una institución jesuítica y se dedica a la formación; un sacerdote diocesano, que está preparándose para tareas de formación en el seminario; un hombre de negocios muy activo no sólo en su profesión, sino también cuando se dedica a dar los Ejercicios Espirituales; formadores de la Comunidad de Vida Cristiana, quienes, como fieles laicos, consagran su vida a formar a los miembros y a las comunidades de la CVX; maestros de teología en colegios, que también dan retiros; y líderes laicos de una organización de espiritualidad ignaciana en una escuela jesuítica.

El Círculo ignaciano ha sido uno de los frutos del esfuerzo del Centro para la espiritualidad ignaciana de la provincia de Filipinas por fomentar y promover la participación y la profundización de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Un grupo como este, organizado en otras comunidades y apostolados jesuíticos en cualquier parte del mundo, podría favorecer y propagar el carisma ignaciano.